MINISTERIO Y SECULARIDAD

Autor: *Antonio Bravo Tisner.*
Ex-director General de los
sacerdotes del Prado

La vocación del hombre es única como la misión del cristiano: culto a Dios y compromiso con y a favor de los hombres. Esta es la base del planteamiento que Antonio Bravo realiza en este trabajo, publicado ya en la revista del Prado. Debemos asumir la autonomía del mundo y servir al hombre en el seno de las realidades humanas. Debe el presbítero situarse desde la caridad pastoral, a imitación de Cristo, en la dinámica del amor.

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v46i157.1037>

Se me ha pedido una reflexión sobre cómo los presbíteros pueden y deben situarse de forma activa ante las realidades seculares, respetando su legítima autonomía. Esta cuestión es decisiva para una recta comprensión de su identidad ministerial, tal como la reciben de Dios en el seno de la Iglesia apostólica y de la historia de los hombres. Los presbíteros están al servicio del Pueblo de Dios y de la vocación del hombre en el mundo.

En estas consideraciones, después de recordar, en un primer momento, la vocación y misión del hombre y de la Iglesia en el mundo, trataré de mostrar cómo el servicio a la misión de la Iglesia configura el ser y el hacer del presbítero; luego, en la tercera parte estudiaré cómo la presencia activa en las realidades del mundo forma parte también de su identidad ministerial.

1. LA VOCACIÓN DEL HOMBRE EN LA HISTORIA

«La vocación suprema del hombre en realidad —como lo recuerda el Concilio— es una sola, es decir, la divina»¹. Esta vocación divina, el hombre la desarrolla ante Dios por medio de su acción responsable en la historia. «La actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre, pues éste con su acción no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo... Esta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación»². La misión de la Iglesia y del ministro ordenado están al servicio de la vocación única del hombre, que éste cultiva a través de la acción en el seno de la realidades autónomas del mundo.

Vivir la
misión desde
la solidari-
dad interac-
tiva, dialogal
y profética

Todos los fieles cristianos, laicos y clérigos, están urgidos a vivir la misión eclesial desde una solidaridad interactiva, dialogal y profética con el hombre histórico y social. «El Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana»³.

Queda, pues, evacuado el dualismo de la misión eclesial y ministerial. El culto a Dios y el compromiso con y a favor de los hombres son inseparables. «La vinculación entre la actividad humana y la religión» se enraízan en el único e indivisible designio de Dios. La exigencia de autonomía de las realidades temporales —la secularidad en su dimensión positiva, tal como la tomamos en estas reflexiones— es «absolutamente legítima». «No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar»⁴. El servicio profético y ministerial del Pueblo de Dios y de sus ministros, por tanto,

¹ GS, 22.

² GS, 35.

³ Ib., 11.

⁴ Ib., 36.

exige respeto y obediencia a la consistencia, verdad y bondad, que el mismo Creador ha depositado en la creación, en las realidades temporales.

El fundamento de por qué la misión religiosa de la Iglesia debe asumir con amor y respeto la autonomía del mundo y del hombre, se encuentra en el misterio de la Encarnación redentora. *«El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habiendo en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. Él es quien nos revela que Dios es amor⁵, a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento del amor». Y añade el Concilio: «Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin»⁶.*

Los seguidores de Jesús, de acuerdo con la vocación y dones con que han sido agraciados, reciben el encargo de preparar *«el material del reino de los cielos»* con su acción en la historia⁷. Dicho con otras palabras, la celebración de la Eucaristía exige de los cristianos que transformen la historia con la fuerza del Espíritu, para que se conviertan en alabanza de Dios Padre por medio de Jesucristo.

La Pascua del Verbo, además de la dimensión personal, incluye perspectivas estructurales, históricas y cósmicas, que la misión no puede ignorar. Los presbíteros, llamados a presidir la marcha del pueblo peregrino en la historia, *“han de servir la vocación a la libertad del amor, propia al hombre liberado por Cristo”⁸*. ¿Cómo llevaría a cabo esta misión si permaneciera ajeno al complejo entramado de la historia de los pueblos y culturas? ¿Cual debe ser su presencia y acción en el mundo secular y autónomo, para que éste avance de acuerdo con el designio de Dios? ¿Cómo desarrollar una auténtica identidad pres-

Ley fundamental de transformación del mundo: el amor

Presbítero, llamados a presidir la marcha del pueblo peregrino en la historia

⁵ 1 Jn 4,8.

⁶ GS, 38.

⁷ Ib., 38.

⁸ Gál 5,1; 6,13.

biteral en el seno de una Iglesia, sacramento universal de salvación en el mundo y para el mundo?

La presencia activa en el mundo secular no es una cuestión de ideología o de estrategia pastoral, es una exigencia de la naturaleza de la Iglesia en el mundo y de la identidad ministerial del presbítero, llamado a servir la vocación del hombre en el seno de las realidades humanas.

II. PRESBITEROS EN LA IGLESIA Y PARA LA IGLESIA

1. La identidad sacramental de la Iglesia en el mundo

El Pueblo de Dios ha recibido una identidad sacramental de Aquél que lo elige y lo convoca, para ser signo e instrumento de salvación en el mundo, a favor del mundo. Existe en medio de las naciones para reflejar y actualizar la obra del Padre llevada a cabo por el Hijo en el Espíritu.

*Iglesia,
signo de
salvación,
reflejo de
gratuidad
del Padre*

Como signo de salvación, la Iglesia ha de estructurarse de modo que sea un perfecto reflejo de la gratuidad absoluta del *"Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos"*⁹.

La comunidad eclesial no puede situarse frente, sino a su servicio, desde el amor que ama y se entrega a favor de los que le persiguen y calumnian. El Padre espera de la comunidad filial que sea un icono de su amor, tal como se nos ha revelado en el Hijo entregado: *"Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma"*¹⁰. Bajo la fuerza del Espíritu, la misión sacramental de la Iglesia acontece en la medida que significa y actualiza el amor de Dios, que funda la libertad responsable del hombre en medio de la historia. El amor es entrega radical y gratuita a favor de todos, incluidos los enemigos.

En su condición de instrumento de salvación, el Pueblo de Dios, jamás, podrá replegarse sobre sí mismo sin oscurecer su verdadera

⁹ Mt 5,4-5.

¹⁰ Ef 5,1-2.

identidad, aun cuando sea perseguido. Sobre él ha sido derramado el Espíritu de la libertad y de la audacia, para que vaya al encuentro de los hombres, trabaje con ellos y busque los caminos del advenimiento del Reino en la historia de nuestro mundo.

Dios saca a los suyos del mundo para enviarlos de nuevo con la misión de entregarse en favor de todos, en particular de los más indigentes. Los libera del mundo, para hacerlos agentes de la liberación de sus hermanos; libres del mundo para ser instrumentos de la liberación de la creación entera, *“porque estimo, escribe Pablo, que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por Aquél que la sometió en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios”*¹¹.

Liberados por los padecimientos de Cristo, los discípulos, en cuanto seguidores del Crucificado, han de asumir, con decisión y libertad, los sufrimientos que comporta la liberación de la creación. Como instrumento de la elección divina, los creyentes están enviados al mundo para ser servidores de la esperanza depositada por Dios en el corazón de la humanidad. Liberados de la esclavitud, la libertad de los discípulos se manifiesta a través del compromiso a favor de todos los que gimen bajo el peso de la “vanidad”. La comunión con Cristo es solidaridad y servicio, pues quien camina en el Espíritu hace suyos los gemidos y los anhelos de la creación. La sacramentalidad de la Iglesia es la obra del Espíritu, que nos recrea como signo de salvación e instrumento de reconciliación.

2. Identidad sacramental de la Iglesia e identidad de los presbíteros

El ministerio ordenado ha recibido como misión el desarrollar en la historia la identidad sacramental del Pueblo de Dios. De hecho, como lo recuerda el Concilio, la naturaleza del ministerio presbiteral

¹¹ Rom 8,18-21.

ha de ser pensada dentro de la Iglesia apostólica. He aquí como comienza la *Presbyterorum ordinis*, en el que se establece el ser del ministro del Evangelio en medio de las naciones: «*El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo (Jn 10,36), hace participe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con el que fue ungido, pues en Él todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio, ofrecen sacrificios espirituales a Dios por Jesucristo y pregonan las maravillas de Aquél que de las tinieblas los ha llamado a su luz admirable. No se da, por tanto, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo, sino que cada uno debe santificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de Jesús con espíritu de profecía*»¹². La glorificación de Jesús exige el testimonio del Pueblo de Dios en medio de las naciones. Su vocación sacerdotal, profética y real conlleva la misión de trabajar para que todo sea recapitulado en Cristo. Tal es el camino de la glorificación de Jesús, que el Espíritu de la verdad alienta en la comunidad apostólica desde el principio.

El culto en el Espíritu es indisociable de la acción a favor de los que están lejos y de los excluidos de la sociedad. Dios, como lo recuerda la Constitución sobre la liturgia, «*cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, el Verbo hecho carne, ungido por el Espíritu Santo, para evangelizar a los pobres y curar a los contritos de corazón, como "médico corporal y espiritual" Mediador entre Dios y los hombres... Con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera*»¹³.

De esta forma la misma acción litúrgica reclama de la comunidad eucarística que actualice la misión de Jesús «médico corporal y espiritual», es decir, salvador y liberador de la totalidad del hombre. El Espíritu, que transforma el pan y el vino, transforma también a los discípulos para que sean signo e instrumento de la acción de Jesús a favor del hombre, de la sociedad humana.

El Hoy del Mesías, tal como lo proclamase en la sinagoga de Nazaret, ha de ser actualizado de manera permanente en la historia por la comunidad eucarística. De otra forma la liturgia cristiana dejaría de

¹² *Presbyterorum Ordinis*, 2.

¹³ SC, 5.

ser una acción del Cristo total, para convertirse en un mero rito religioso. Ahora bien, esta identidad sacramental del Pueblo de Dios configura la existencia y la misión de los presbíteros, llamados por Cristo para presidirlo en su nombre y hechos partícipes del ministerio apostólico como cooperadores del Orden episcopal. Entre la identidad presbiteral y la identidad del pueblo de los convocados existe una mutua interacción. La identidad sacramental de la Iglesia configura la vida y acción de los presbíteros y el sacerdocio ministerial sirve al mundo desarrollando la identidad sacramental de la comunidad en la historia de los pueblos. El servicio a la Iglesia desborda en servicio al mundo. ¿Qué características, por tanto, ha de tener el servicio de los presbíteros al Pueblo de Dios, para que éste desarrolle su misión en medio de las naciones?

Los presbíteros, testigos e instrumentos de la iniciativa gratuita de Dios, han de recordar a la comunidad eclesial que está llamada a ser un don suyo para el mundo. La Iglesia debe abrir las puertas para salir al encuentro de los hombres y para que las dolencias de los hombres alcancen las entrañas de misericordia, que el Espíritu pone en ella al derramar el amor de Dios en el corazón de los creyentes.

La comunidad está urgida a significar y actualizar la invitación del Maestro: "*Venid a mí todos los que estáis cansados y sobrecargados, y yo os daré descanso*"¹⁴. La comunidad eclesial es misterio de comunión en la medida que avanza en la historia con las mismas entrañas de misericordia del Hijo de Dios. Sólo así aparecerá como un don de Dios para la humanidad.

Los presbíteros, ministros del Evangelio en medio de las naciones, reciben el encargo de poner a toda la comunidad en estado de misión. Es preciso que animada por el dinamismo del Verbo encarnado, la Iglesia asuma la historia del mundo, sin juzgarla ni condenarla, sino con solidaridad profética, para llevarla a su plenitud, tal como se nos ha revelado en Cristo. Los discípulos han de salir al encuentro de lo que está perdido, para ofrecerles la libertad del amor, tal como ellos la reciben de Cristo en el Espíritu.

El ministerio presbiteral sirve la esperanza del mundo, en la medida que pone a la comunidad en estado de misión. Si no lo hiciera

*La Iglesia
debe salir
al encuen-
tro de los
hombres*

¹⁴ Mt 11,28.

*Presbítero
sirve espe-
ranza del
mundo
poniendo
en estado
de misión*

así contribuiría a que aquella adoptara una dinámica sectaria, a que se replegara sobre sí misma. Entonces ni serviría a la Iglesia de Dios ni al mundo de los hombres. Como presidentes del Pueblo de Dios, se espera de los presbíteros que desarrollen su carácter de pueblo peregrino. La identidad eclesial está como configurada por la ley de la provisionalidad, pues su patria no se encuentra en la historia, sino en el Padre. El Cuerpo del Resucitado está siempre en camino hacia la casa paterna. Su presencia y su acción deben dar cuenta en el mundo de esta provisionalidad, que configura la vocación divina del hombre. En sus estructuras, vida y acción, está llamada a ser una memoria inquietante, profética, entre los hombres que, olvidando su condición de criaturas, pretenden instalarse como señores de lo creado. La identidad del pueblo peregrino pasa por la pobreza, el servicio y la solidaridad.

En su peregrinar ha de tomar partido por los últimos, pues el Hijo se hizo último para abrir a todos los hombres el acceso al Padre. En su liturgia, en su presencia y acción en el mundo, el Pueblo de Dios debe dar cuenta de su identidad.

El servicio eclesial de los presbíteros debe tomar muy en serio que la Iglesia es signo e instrumento del advenimiento del Reino de Dios en la historia. Ahora bien esto exige que se pase del lado de los pobres, que la comunidad recuerde que está llamada a compartir la suerte de su Señor, a vivir de acuerdo con la sabiduría de Dios, tal como nos la da a conocer el Espíritu de santidad a través de la cruz del Hijo. La conversión de la Iglesia comporta siempre el paso con Jesús del lado de los excluidos, de los alejados, de los últimos.

*Defender a
los últimos
en el seno
de la comu-
nidad*

Los presbíteros tienen también como tarea ineludible la defensa de los últimos en el seno de la comunidad eclesial. En el designio de Dios, los que no cuentan están llamados a ocupar un lugar de preferencia. Los débiles en la fe, como lo recuerda el ministerio del apóstol de las gentes, han de ser un constante punto de referencia para la libertad de los fuertes. De esta forma la comunidad eclesial se capacita para ser signo e instrumento de la fuerza y de la sabiduría de la cruz en la encrucijada de nuestra historia.

Cuando el servicio presbiteral intenta desarrollar esta perspectiva, que no es otra que la dinámica de las entrañas compasivas del Padre, su servicio a la Iglesia es ya servicio al mundo, a las realidades humanas. Esta toma de conciencia es importante, si queremos evitar ciertos com-

plejos y dualismos. Es falso, a mi entender, contraponer el servicio a la Iglesia y al mundo. El Concilio recuerda a los presbíteros su educación de la fe del Pueblo de Dios con estas palabras, que orientan todo programa pastoral: *«A los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, atañe procurar, por sí mismos o por otros, que cada uno de los fieles sea llevado, en el Espíritu Santo, a cultivar propia vocación de conformidad con el Evangelio, a una caridad sincera y activa y a la libertad con que Cristo nos libertó. De poco aprovecharán las ceremonias, por bellas que fueran, ni las asociaciones, aunque florecientes; si no se ordenan a educar a los hombres para que alcancen la madurez cristiana. Para promoverla, les servirán de ayuda los presbíteros, a fin de que en los acontecimientos mismos, grandes o pequeños, puedan ver qué exige la realidad y cuál es la voluntad de Dios. Instrúyase asimismo bien a los fieles para que no vivan solamente para sí mismos, sino que, de acuerdo con las exigencias de la ley nueva de la caridad, cada uno, cual recibió la gracia, adminístrela a favor de su prójimo, y así cumplan todos cristianamente sus deberes en la comunidad de los hombres»*¹⁵. Y en la Constitución GS se insiste en cómo esta educación debe abarcar todas las dimensiones de la vida social, incluida la política. Pero, cabe preguntarse, ¿se agota con lo dicho el servicio de los presbíteros al mundo? ¿No pueden y deben tener una presencia por sí mismos en el seno de las realidades temporales? Y si la respuesta es positiva, ¿qué condiciones debería tener para que su servicio al mundo contribuyese a edificar la comunidad eclesial?

III. SACERDOTES EN EL MUNDO

La identidad de los presbíteros se configura también a partir de su vocación a ser *«hermanos entre los hermanos»*, como lo recuerda el Concilio, tras establecer su naturaleza en la Iglesia. *«Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y ordenación, son en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del Pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra para la que el Señor los llama.*

¹⁵ PO, 6.

No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena, ni podrían tampoco servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos. Su propio ministerio exige por título especial que no se configuren con este siglo; pero requiere al mismo tiempo que vivan en este siglo entre los hombres y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas y trabajen para atraer a las que no son de este aprisco, para que también ellas oigan la voz de Cristo, y se forme un solo aprisco y un solo pastor»¹⁶. El ministro de Cristo ha de seguirlo en el dinamismo de su Encarnación y en la gratuidad de su misión, tal como lo vemos en Pablo, que se hacía todo a todos para ganar a los más posibles. De ahí la necesidad de una presencia discreta y efectiva en la historia de las personas y de los pueblos.

Cuando pasaba de este mundo al Padre, Jesús oraba así: *“No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como Tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo”¹⁷. Resucitado de entre los muertos, los envía al mundo con la fuerza de su Espíritu: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío”¹⁸. Jesús no fue enviado para ser juez de sus hermanos, sino para que se reconciliaran en el Padre y con el Padre. No aceptó ser juez entre los hermanos que disputaban por la herencia paterna; pero sí tomó postura a favor de la pecadora. El Maestro no era ajeno a los problemas de las gentes y participó activamente en la sociedad de su tiempo, para que todos pudieran encontrar el lugar que les correspondía como ciudadanos del Reino. Estas tomas de postura en la sinagoga y fuera de ella a favor de los desheredados de la sociedad, le condujo a un conflicto que le acompañaría hasta la cruz. Él no había sido enviado para formar una comunidad de puros, alejada de la vida cotidiana, sino que formó a los suyos en la vida, desde la vida y para dar cuenta de la Buena Nueva del Reino en lo cotidiano. Tuvo que hacer el aprendizaje de hombre y vivir entre los hombres, asumiendo la condición histórica y social de su pueblo.*

*Jesús tomó
postura por
los deshe-
redados*

¹⁶ PO, 3.

¹⁷ Jn 17,15-18.

¹⁸ Jn 20,21.

En la comunión apostólica y bajo la inspiración del Espíritu, los presbíteros están convocados a actualizar la presencia de Jesús en el seno de la ciudad secular, de las realidades temporales. Dios los saca del mundo, pero para introducirlos y vincularlos más profundamente al mundo, como signos, testigos e instrumentos de la Novedad pascual. Sólo así llegarán a ser colaboradores del Espíritu, que conduce ya a todo hombre hacia la Pascua, así como al cosmos entero.

¿Qué exigencias y rasgos entraña esta presencia activa, a fin de secundar la acción del Espíritu? Sin ánimo de ser sistemático y exhaustivo indicaré algunos aspectos que me parecen decisivos en el momento presente.

1. La caridad pastoral

La presencia del pastor está determinada por el amor, por la caridad pastoral. El amor es discreto y humilde; busca afirmar la libertad y la responsabilidad de los hombres, nunca suplantarla. Jesús no se situó como un líder que buscara el poder para cambiar la suerte de los indigentes. Cuando quisieron hacerlo rey, no dudó en retirarse a la soledad de la montaña. Su misión no era la de un Mesías político o social, aun cuando su vida y su palabra incidiera en la estructuración de la sociedad y de la política. El amor no cesa de ensanchar los horizontes de la libertad y de la responsabilidad, a través de los cuales se realiza la vocación divina del hombre en el seno de la historia.

La caridad pastoral es activa, pero ensancha el espacio de la actuación del hombre, pues Dios confió a éste el cuidado y la responsabilidad de lo creado. El servicio al mundo impone a los presbíteros el que sepan asumir, la ambigüedad inherente a toda realización humana. Han de situarse como hermanos y como amigos, evitando por todos los medios el situarse como árbitros o jefes de la sociedad. El amor sabe confiar en los otros y también excusar la deficiencias, tanto las personales como las colectivas.

El amor no es nunca partidista y está abierto al diálogo con todos. Sin estos requisitos la presencia ministerial pronto caería en las trampas del poder.

2. El Espíritu de libertad

Por otra parte, el pastor ha de dejarse conducir en todo momento por el Espíritu de la libertad. Quien ama auténticamente a los hombres, no duda en ser testigo de la verdad liberadora. Ahora bien no puede confundir sus razones y motivos con la verdad de Dios, de la que ha sido hecho testigo en el Espíritu. Este es un punto muy importante, para quien quiera mantener una presencia correcta en medio de las realidades temporales.

La verdad de Dios se nos ha dado en Jesucristo, Él es la Verdad. Y en Jesucristo descubrimos que todos estamos llamados a vivir como hijos del Padre y hermanos los unos de los otros. El pastor está llamado a ser memoria profética en medio de la historia de la única vocación del hombre, que se expresa en el hacer, pero que lo supera radicalmente. El presbítero, pues, no puede ponerse al servicio de un determinado proyecto de sociedad; su presencia activa y crítica deberá contribuir al desarrollo de una fraternidad, cuyo fundamento último es el Padre. Si así lo hace su servicio al mundo será una contribución eficaz a la edificación de la comunidad eclesial, a la reconciliación de la humanidad en torno a Cristo. Su presencia en medio de los hombres se convertirá en convocación para la comunidad de salvación, aunque no siempre pueda y deba hacerlo de modo explícito.

3. Las mediaciones humanas

La presencia en las realidades del mundo exige del pastor que asuma las mediaciones humanas. Es necesario que sepa valorarlas en su justa medida, pues no hay acción en la historia sin mediaciones. Su carácter ambiguo y relativo, no las hace menos necesarias. El Espíritu de Dios se sirve de ellas para llevar adelante la obra del Padre y del Hijo. ¿Olvidamos que también formamos parte de esas mediaciones, marcadas por la ambigüedad y relatividad? Aquí como en tantas otras cosas cabe evocar las palabras que Jesús dirigiera a los fariseos: "¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: Deja que te saque la brizna del ojo, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para

El presbítero debe contribuir al desarrollo de una fraternidad fundada en el Padre

Exigencia de asumir las mediaciones humanas

sacar la brizna del ojo de tu hermano"¹⁹. Jesús nos alerta contra la tentación de juzgar a los demás; la lucidez auténtica no excluye la colaboración honrada y crítica con los hombres y sus limitadas mediaciones. El pastor está siempre al servicio de la vocación del hombre, que se realiza a través de la acción responsable en la historia.

4. Los pobres y alejados

Una preocupación permanente del pastor son los pobres y los alejados. Su presencia en el mundo no es para conquistar parcelas de poder o de prestigio, ni para él ni para la comunidad eclesial, sino para servir de forma gratuita y desinteresada la esperanza y la búsqueda de los hombres, en particular de los pobres. Sólo en la medida que se haga el defensor de los pobres y de los alejados, podrá servir al mundo y a la misión de la Iglesia. En la medida que entra en la ternura y compasión de Dios por los hijos muertos y perdidos, por usar la expresión del padre de la parábola, podrá salir al encuentro de los que sin haber abandonado la casa paterna, como el hijo mayor, no habían descubierto la felicidad de estar con el Padre. La opción por los pobres y los pecadores es, en última instancia, opción por todos.

Preocupación por los pobres y alejados

5. La colaboración con otros cristianos

El pastor, finalmente, debe hacerse presente en el mundo con una conciencia clara de estar llamado a colaborar con los otros cristianos y a respetar sus legítimas opciones. El pastor no puede actuar como francotirador o suplantar la responsabilidad de los seglares. Tampoco puede olvidar su misión de ser vínculo de unidad del pueblo peregrino. Estas exigencias no limitan su responsabilidad como hermano entre los hermanos, sino que le dan su verdadero alcance y significado. Ningún compromiso es según Dios, si no se asume la vocación y misión que nos llegan de Él en el seno de la comunidad eclesial. La identidad presbiteral la recibimos de Dios en el mundo y en la Iglesia. En ocasiones podrá resultar incómodo, razón de más para buscar y discernir en y con la comunidad de los creyentes, así como con el resto del presbiterio con

¹⁹ Mt 7,3-5.

el Obispo a la cabeza. El presbítero es cooperador del Orden episcopal en el presbiterio diocesano. Su presencia en el mundo ha de dar cuenta también de esta dimensión constitutiva de su identidad.

Conclusión

La totalidad del Pueblo de Dios está llamado a servir la vocación del hombre, de todo hombre, en el seno de la historia. Cristo fue enviado al mundo para reunir a todos los hijos dispersos, para ello entregó su vida. El presbítero, como ministro suyo que es, tiene la misión de edificar el mundo edificando la Iglesia y de congregar a ésta haciéndose presente cordial y activamente en las realidades temporales. Esto requiere de él una profunda comunión con el Verbo encarnado, una gran docilidad al Espíritu, una permanente actitud de discernimiento en la comunión apostólica y un diálogo sincero con los hombres y mediaciones de su tiempo.